

concupiscencia de la carne es que los placeres de los sentidos se excitan mutuamente unos a otros; y aquello que, a primera vista, cualquiera creería la cosa más inocente, si no se tiene el debido cuidado, podría ocasionar caídas lamentables. Hay que precaverse mucho contra la concupiscencia, pues tiene invadidos todos nuestros miembros; muy fácilmente, por ejemplo, se cae en el peligro de amar demasiado el cuerpo, echando al olvido el alma, y son muchos los que se preocupan con exceso de la salud corporal, proporcionándose, a ser posible, alimentos exquisitos y variadas medicinas, toda clase de comodidades y satisfacciones de sus gustos: lo cual, si bien se considera, procede y tiene su origen en la concupiscencia de la carne.

El remedio contra un mal tan peligroso está en la mortificación de la carne, habiendo dicho expresamente el apóstol San Pablo: «Los que son de Cristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las concupiscencias» (2). Tan imperiosa es la necesidad de mortificar la carne, que de ello depende nuestro aprovechamiento en la vida espiritual, y aun la salvación, según lo que dice el mismo apóstol: «Si viviéreis según la carne, moriréis; mas si con el espíritu hacéis morir las obras o concupiscencias de la carne, viviréis» (3).

Para que la victoria sea completa, no basta renunciar a los placeres malos (lo cual es de precepto); se requiere, además, cercenar los placeres peligrosos, que llevan casi infaliblemente al pecado, según aquel principio: «Quien ama el peligro, perecerá en él»; es más, hay que privarse de algunos placeres licitos, a fin de fortalecer así la voluntad contra el atractivo del placer prohibido.

Los religiosos, por el voto de castidad, van directamente contra la concupiscencia de la carne.

2) *La concupiscencia de los ojos (curiosidad y avaricia).*—La segunda de las concupiscencias, que se llama concupiscencia de los ojos, com-

prende dos cosas: la *curiosidad malsana* y el *apetito desordenado de los bienes de la tierra*.

La *curiosidad*, de que aquí se trata, es el deseo inmoderado de ver, oír, conocer lo que pasa en el mundo, en la sociedad, en la familia, en los hogares...; no para sacar provecho espiritual, sino para complacerse en ese conocimiento frívolo.

El segundo aspecto o forma de la concupiscencia de los ojos es la *avaricia*, o sea el amor desordenado del dinero: ya considerándolo como medio para adquirir otros bienes, por ejemplo, comodidades u honores; ya complaciéndose en el dinero por el dinero mismo, mirándolo y remirándolo, palpándolo y en cierto modo acariciándolo, basando en su posesión la seguridad del porvenir, que es la *avaricia propiamente dicha*. En uno y otro caso existe el peligro de cometer muchos pecados, pues ese apetito desordenado es fuente de fraudes e injusticias.

Como remedio para combatir la *vana curiosidad*, conviene recordar que lo que no es eterno no es tampoco digno de atraer y retener la atención de seres inmortales como lo somos nosotros. «La figura de este mundo pasa», dice el apóstol (4), y solamente queda Dios y el cielo, donde eternamente gozarán de El los bienaventurados. Por consiguiente, debemos ambicionar por encima de todo las cosas eternas, porque «lo que no es eterno, nada es»: *quod æternum non est, nihil est* (S. Agustín).

En lo que se refiere al remedio contra el *deseo inmoderado del dinero*, hay que recordar que las riquezas y bienes de la tierra no son un fin, sino un *medio* que la Providencia nos concede para las necesidades de esta vida; Dios es soberano Señor de todo, y nosotros en realidad solamente somos administradores, que habremos de darle cuenta de nuestra buena o mala administración, como se lo exigió al mayordomo infiel del Evangelio: *redde rationem villicationis tue* (5).

Para mayor perfección, practiquemos aquella bienaventuranza que nos predicó el Salvador: «*Beati pauperes spiritu!*»; ¡Bienaventurados los